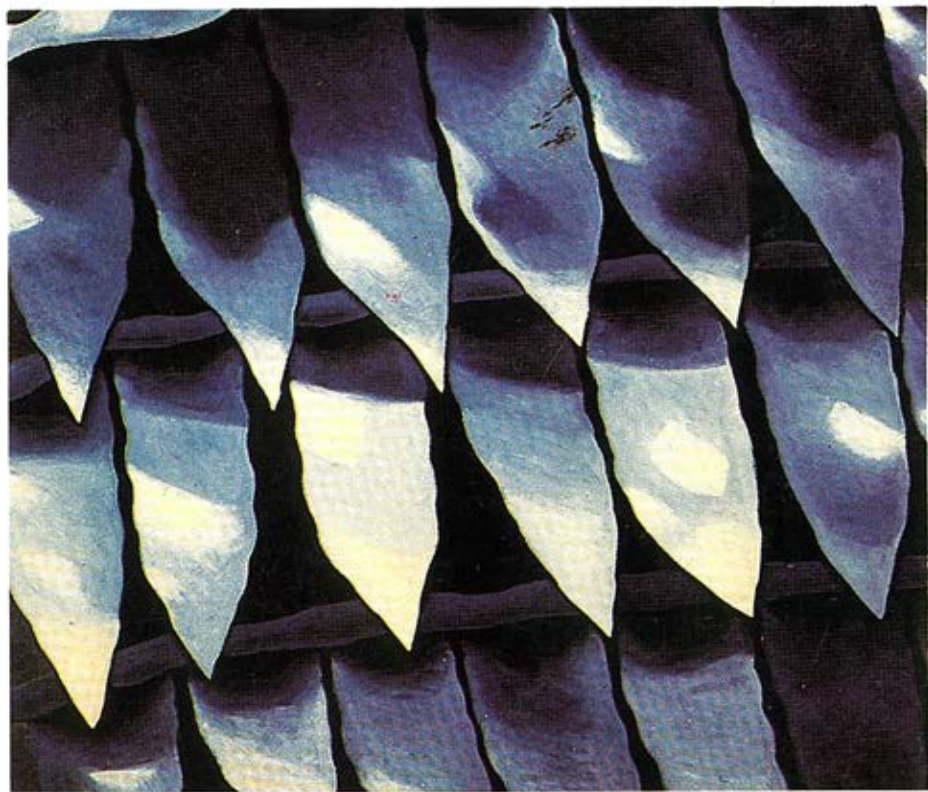
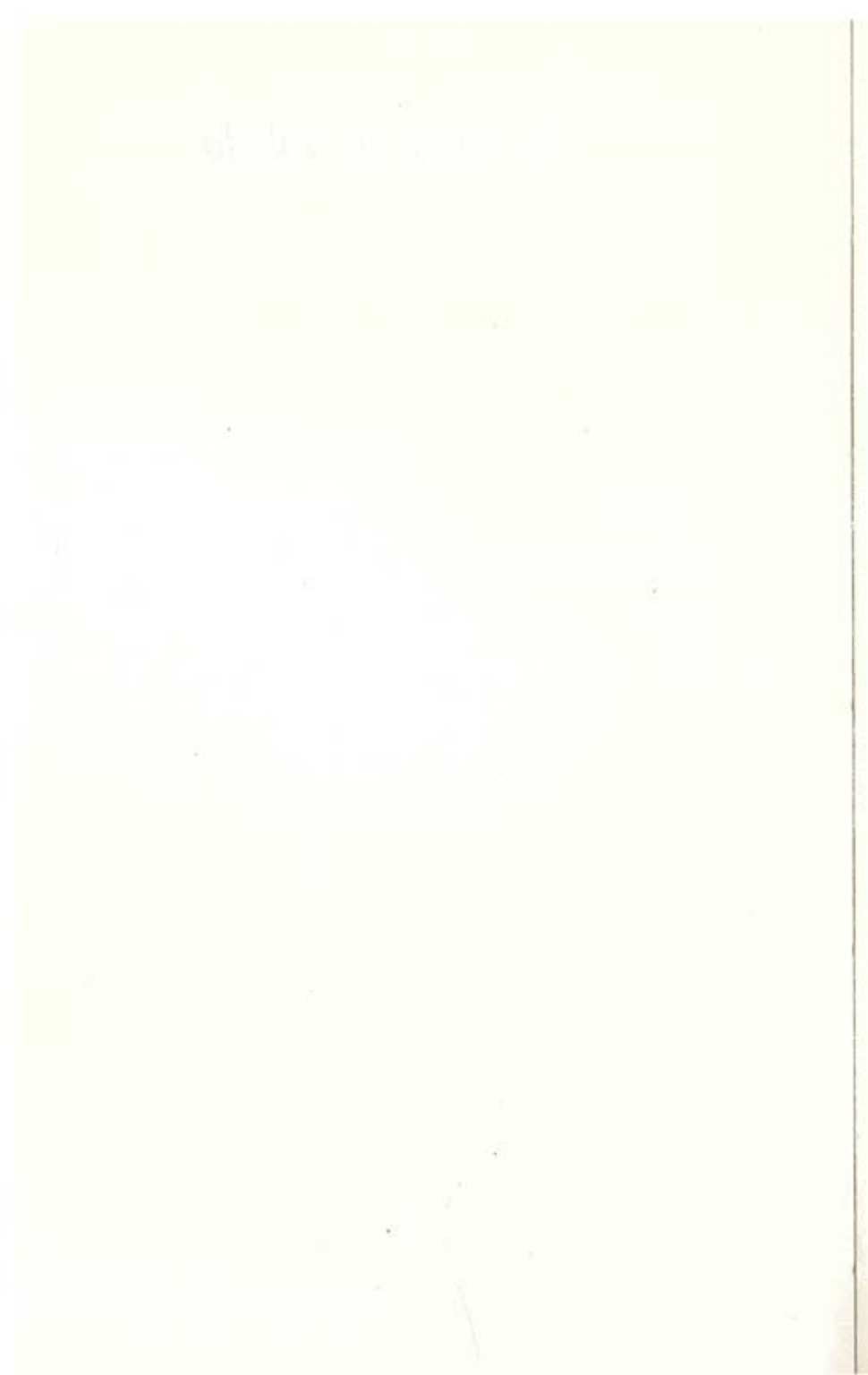


LAS HOJAS DE TOLEDO

Antología y Prólogo de Mario Monteforte Toledo





Las hojas de Toledo

*Antología y prólogo
de
Mario Monteforte Toledo*

Guatemala, 1994

Las hojas de Toledo

Antología y estudio

de la

©

José Toledo Sáenz
José Toledo Ordóñez

Ilustración de carátula: Leonel Maciel

Impreso en Guatemala
Serviprensa Centroamericana, 1994

INDICE

INFORME CON ADVERTENCIAS

Mario Monteforte Toledo	11
-------------------------------	----

RODERICO TOLEDO MATTEI

A mi hermana Raquel	19
Meditación	20
A mi esposa	21
A Costa Rica	22
Para unos senda torcida	23
La mala fortuna	24

LUIS FELIPE TOLEDO

Perro errante	27
Dónde está Dios	30
En el album de una dama	32
Don Roderico Toledo Mattei	33
El arcón de la reina	34
Tríptico del Caballero Andante	36
Yo crecí muy alto	38
Jugando	39
Cansancio	41
No llegaremos tarde	42
Suerte	43
Oyeron mi corazón	44

JOSE TOLEDO ORDOÑEZ

Epitafio en la playa	47
Cenizas	48
Neblinas	49
Retrato	50
Eres la sombra del viento	51
La guitarra	52
Terremoto	53
Arboles viejos	54
Hay días	55

1. 11111

1. 11111

1. 11111

1. 11111

1. 11111

1. 11111

1. 11111

1. 11111

1. 11111

1. 11111

1. 11111

1. 11111

1. 11111

1. 11111

1. 11111

1. 11111

1. 11111

1. 11111

1. 11111

1. 11111

INFORME CON ADVERTENCIAS

Gran responsabilidad para los que ahora crecen en esta casa de los Toledo es venir de despilfarradores de vidas y fortunas, gente de plurales facetas, transparente y agobiada de pasaportes, que sólo sabía trabajar con las manos las hojas aquí reunidas y millares de otras.

Publicar estas hojas es un acto de tierna coquetería, una guirnalda sobre piedras con algunos ilustres nombres o un deber para los que seguimos escribiendo y llevamos quemado en el pecho el nombre Toledo. Todo el ornato de este linaje ya desapareció: el palacio del chozno, la mansión del abuelo, el comedido y trashumante lujo del padre; sólo quedan estas hojas brillando como espadas, voz viva, testimonio de empecinados irresponsables decorativos navegantes, y de lo que inspiraron sus mujeres con sus cuellos erguidos y su inmensa capacidad de amar y ser amadas. Aquellos hombres estaban llenos de corazones y cerebros, de bragas y manos orgullosas para tomar y pródigas en el dar. Pero ya se fueron. Nos dejan algunas cosas y una que otra copa salvada de los naufragios, de esas que al tacto suenan como maitines del cielo; se dividen en unas treinta familias esos objetos que reverenciamos porque de noche emiten luces discretas como los fuegos fatuos de amables cementerios. Y quedan sus hojas, brillando como espadas.

También sobreviven los que son y los que vienen. Suelen reír y pelear; caminan con la cabeza alzada y pertenecen a la vida mucho más que sus ancestros. No se sabe cómo -pero sí por qué-, algunos encuentran

recreos, ocios, motivos y desvelos para seguir escribiendo versos; aún niños de la casa comparten esta adorable genética y dentro de medio siglo se sumarán a este libro.

La historia de nuestra poesía sólo llegó hasta el bisabuelo mío y no porque se ignore a los muertos más antiguos, pero fundamentalmente iguales al resto de la estirpe. Su padre, Protomédico de Guatemala, se quitó el Alvarez de Toledo a fuerza de ver muertos sin nombre e igualdad de sangres en las lozas de la morgue. Mi abuelo se había criado con su tío el cardenal Domenico Mattei, bibliotecario del Vaticano que dejó cinco millones de libras de oro pesado a la Iglesia, para castigo de su pariente más querido y cercano, mi abuelo, porque se había metido a liberal y trabajaba en iluminar y modernizar a Guatemala. Es una lástima. De vez en cuando, a la vera de una copa de bon vino -porque nos hace falta la herencia, pero no los gustos caros-, los descendientes imaginamos en qué grandiosidades pudiéramos emplear aquella fortuna. Yo soy partidario de reclamarla al Vaticano ante las Naciones Unidas: mi fantasía la equipara a las minas del rey Salomón; pero ninguno de mis parientes, todos católicos profesionales, me secunda.

Don Roderico Toledo Mattei ocupó varios altos cargos con don Miguel García Granados y don Justo Rufino Barrios; varias placas conmemoran su gestión. Apenas mataron al caudillo en Chalchuapa propaló una diatriba encendida contra los conservadores (los llamaban entonces "el partido servil"), escapó disfrazado por montes y llanos, se embarcó en Acapulco y fue a parar a Guayaquil. De ahí probablemente arrancó mi amor por la tierra ecuatoriana. Se ganó la vida jugando ajedrez y enseñando idiomas -era políglota, otro rasgo

de familia-. Por allá andan unos Toledo y unos Mattei a quienes por discreción nunca pregunté sobre sus ancestros. No olvidemos que aquellos varones nuestros tenían el pecho lleno de corazones.

La compilación de la poesía de mi abuelo establece un itinerario geográfico y sentimental que haría palidecer a Magallanes. Esta obra procede directamente del romanticismo del siglo XIX, manejado con la frescura y espontaneidad de un aficionado. Ninguna relación tiene con el romanticismo español, ni siquiera con Batres Montúfar (su amigo y pariente político). El siempre estuvo cerca de la cultura francesa y de las concepciones ideológicas y sociales de los ingleses (también vivió en Londres, con sus parientes, los mandarines Fitzmoritz-Kelly). Tal parece que la necesidad de escribir le venía con sus rachas de agobio y de tristeza. Porque don Roderico vivió en las cumbres y en los exilios, en la bonanza y la persecución; exactamente igual que algunos otros miembros de la familia y una parte de nuestros compatriotas. En una carta a su esposa dice: "Entre el raso y la porcelana de Sajonia la pobreza tiene algo de grotesco y de inverosímil". El raso iba a constituir dato de grandeza también en la poesía de su nieto. Mi abuelo murió joven; no entiendo cómo cabe tanta vida en tan breve tiempo. Un "retrato" de su nieto Luis Felipe Toledo -incluido en este librito- lo pinta infortunado y señor.

Mi tío Luis Toledo Herrarte vivió en suntuosas embajadas, codeándose con la intelectualidad más brillante de la época. Fue amigo de Gómez Carrillo, Rubén Darío, Chocano, Federico Gamboa, Paul Valéry y Huidobro. Hablaba como rui señor, sabía casi todo lo que hay que saber y sólo dedicó poco de su tiempo a la

medicina (estudió en París). Hay admirables cartas tuyas; pero no dejó poesía. Quizá porque su vida entera fue una jornada entre lo bello y porque más valía vivirla que contarla. Gran bebedor y gran lector, pasó sus últimos años retirado, requerido con frecuencia para aconsejar gobiernos en cuestiones diplomáticas y rodeado de su esposa, su hijo, sus amigos y de nosotros, los más chicos, a quienes nos embelesaban sus maravillosas anécdotas y su experta manera de contarlas. "Sólo inventan la vida quienes no la merecen", nos dijo una vez.

Luis Felipe, su único hijo, me llevaba diez años y fue más bien un hermano que un primo, en los escasos lapsos que pernoctaba en Guatemala como tregua de las grandes urbes. Le fascinaba la música; pero tenía un oído macabro. Sin embargo, su poesía se rige por un instinto invariable para la eufonía y la estructura. En sus textos castellanos no hay reminiscencias -sino ocasionales- de la literatura francesa, no obstante que su madre fue gascona y avezada conocedora de la literatura de su país (se sabía de memoria pasajes del realismo del XIX, especialmente de George Sand, objeto de su más rendida admiración). Quizá haya que rastrear hasta el naturalismo para entender los largos trabajos de Luis Felipe sobre las miserias de Guatemala, como uno dedicado al indio carbonero. A primera vista extraña que no hayan influido sobre él los simbolistas, los surrealistas, los expresionistas o los dadaístas de su tiempo; pero la sorpresa desaparece cuando se recuerda que hay algo antañón, casi "clásico" en su obra, como lo había en su espigada y soberbia figura jamás expuesta al sol ni a rudeza alguna.

Tampoco se le notan huellas de la poesía inglesa, de la cual era deleitado lector, ni de la poesía norteamericana,

pese a sus largos años de estudio en Wáshington. Fue él quien me regaló mi primer smoking y mi única boquilla de ámbar, y también a Shelley, Byron, Keats y Browning en preciosas ediciones de trabajo, que atesoro. Una excepción: Oscar Wilde, quien no sólo a él sino a casi todos los poetas latinoamericanos que coincidieron en París a principios de siglo, deslumbró con su fino erotismo y su dandysmo físico e intelectual.

Luis Felipe Toledo aprendió fundamentalmente con los clásicos españoles (posiblemente fuera de las escuelas a donde asistió) y sobre todo con los poetas postmodernistas. Su primera deuda literaria inconfundible es con Rubén Darío; las "japonerías" proceden de Gómez Carrillo y de hombres de letras franceses entre quienes lo oriental estuvo de moda hasta la primera guerra mundial. Pero la sombra que lo cobijó de manera decisiva fue Rafael Arévalo Martínez, a quien siempre frecuentó con admiración, dedicándole algunos poemas.

Este transterrado, este joven exótico que había vivido tantos años en París la bohemia de los ricos -en unión y compañía de vagos de "buenas familias" guatemaltecas- o en Wáshington entre la alta sociedad internacional, sentía por Guatemala una devoción entrañable. Hacía gala de sus conocimientos chapines, lo entusiasmaban las historias y leyendas populares y dejó largos poemas a la patria y a sus indios. ¿Cómo, dónde, por qué este joven señor penetró en las verdades y miserias de nuestro lar? Quizá se deba a tres factores: era ante todo un poeta, resentía dolorosamente el desarraigo y pertenecía a una familia ligada hasta las tripas a la historia del país. En algunas de sus composiciones hay un asomo de picardía; pero nada de su sentido del humor, famoso y siempre a

flor de piel. Su obra es nostálgica, amorosa y reverencial para la mujer. Si de alguien puede decirse que presintió su muerte es de él; rematamos su antología con dos breves, amargas y conmovedoras despedidas.

José Toledo Ordóñez, nieto de Luis Felipe, es hasta ahora el último de la línea que frecuenta la poesía (aparte de mis ocasionales engendros). Experto mecánico de una sabiduría capaz de convertir un automóvil en nave interplanetaria y economista empedernido en su misión de convencer, hizo poemas casi desde niño, con una finura a la japonesa. Nadie le enseñó este oficio; ni siquiera recuerda lecturas, modelos, influencias. Sus obras aquí escogidas lo revelan como poeta, aunque intentara repudiarlas como debilidad impropia de sus profesiones. En este oficio se presiente un soterramiento sentimental, y una vida muy íntima entre lo bello y lo grato. La calidad de su trabajo, me parece, sube mientras menos obvias consigna las relaciones humanas. En su único libro hasta ahora publicado, una buena mitad de hojas no es principalmente obra de un muchacho adolescente o de un joven enamorado, sino obra de un escritor natural. Esto me llena de alegría, por la dignidad que da a una estirpe cuya mejor herencia son hojas como las que aquí hemos reunido.

Sobre la mesa, como una cosecha fresca, se las dejamos rogándoles perdonen nuestra vanidad y nuestro cumplido deber de publicarlas.

Mario Monteforte Toledo

Guatemala, 1994.

Roderico Toledo Mattei
-1891

Rodolfo Toledo Muñoz
1891-

A mi hermana Raquel

*Blanca azucena del jardín del cielo
el polvo mundanal no te marchita
ni tu pureza virginal te quita
el cierzo innoble del impuro suelo.*

*Alzaste el vuelo sin que yo te viera
sin que a tu lado me encontrara yo,
quizá olvidando que en cuanto volviera
mi alma anhelara lo que aquí dejó.*

*Tal vez faltaba en el inmenso cielo
de encendida maravilla tu candor,
cuando el Creador al reclamar tu vuelo
cortó mis alas, esperanza mía.*

*Ahora libre de amargura y pena
en diadema de estrellas ornas serena.*

*Que mis plegarias remontando el cielo
me den tu luz para lograr consuelo.*

Manchester, 1856.

Meditación

*¿Por qué si iguales naciendo
los que el mundo van surcando
unos lo gozan riendo
y otros lo pasan llorando?*

*Si para todos igual
suerte el cielo decretara
cuando a este mundo lanzara
en su carrera vital,
¿por qué a los unos placeres
a miles brinda la tierra
y a otros entre padeceres
los sume en perpetua guerra?*

*Si origen común traemos
los que en el mundo habitamos,
idéntico fin tenemos
y en el mismo oleaje vamos,
¿por qué tan variado el camino,
tan diferente el destino?*

París, 1859.

A mi esposa

*Ardientes brisas del mediodía
que vais ligeras al septentrión,
llevad al ángel del alma mía
los tristes ayes del corazón.*

*Decidla, os ruego, que ni un momento
de mí se aparta su imagen pura;
que noche y día mi pensamiento
a Dios se eleva por su ventura.*

*Que son los meses de cruel ausencia
siglos que vienen y no se van
y la hora ansío que su presencia
la sed apague de tanto afán.*

*Decidla, brisas, lo que las aves
tristes murmuran en breves trinos
punzantes quejas, lágrimas suaves
por sus ausentes y sus destinos.*

*En fin, decidla, graciosas brisas,
con la ternura del ruiseñor
lo que es la ausencia, muertas las risas
de un alma sola llena de amor.*

La Paz (Bolivia), mayo 1877.

A Costa Rica

*Vuelvo al fin a ver tu cielo
después de veinticinco años
y me embelesa tu suelo,
paisaje donde nací.*

*Después de mil desengaños
lamento, amargura y duelo,
vuelvo ya cargado de años
a buscar asilo en ti.*

*Puntarenas (Costa Rica),
15 de enero, 1886.*

Para unos senda torcida

*Para unos senda torcida,
para otros recto camino.*

*Angustiado y disintiendo,
yo, Dios mío, me confundo
no adivino ni comprendo
lo que sucede en el mundo.*

*Vine a esta tierra impelido
por ajena, extraña fuerza;
mas la hermosa fortuna ha sido
para mí esquiva y adversa.*

*Con firmeza decidido,
crucé del mundo el dintel;
quisiera no haber nacido
ni encontrarme ahora con él.*

*Mas sigo el rumbo escabroso
que el destino me trazara
y a todo riesgo alevoso
miro sin volver la cara.*

*Y cuando allá en lontananza
veo una estrella brillar
cuyos arcanos no alcanza
mi razón a descifrar,
siento consuelo al pensar
que una vez el cuerpo muerto,
de algún astro en algún puerto
irá mi alma a descansar.*

*San José (Costa Rica),
30 de enero, 1886.*

La mala fortuna

*Me veo mísero, errante,
sin familia, sin hogar,
y de un sueño delirante
me parece despertar.*

*Ayer nomás yo tenía
amigos, oro, poder
y en un palacio vivía
con todo para escoger.*

*Pero la ingrata fortuna
me arrebató sin sentir
mis dichas, una por una
y hasta la paz de morir.*

*¿Por qué habrá tanto veneno
por donde quiera que voy?*

*Si ayer me creían bueno
¿cómo es que ahora no soy?
La envidia tenaz, rastrera
me hizo por tierras rodar;
mas el tiempo en su carrera
me hará justicia y lugar.*

*De pie, con valor y calma,
me esmeraré en esperar,
pues no hay dolores del alma
que el tiempo ignore curar.*

*Guayaquil (Ecuador),
noviembre, 1886.*

Luis Felipe Toledo
1903 - 1933

Perro errante

Con su pálida luz la luna ilumina
de las calles el aspecto desierto;
cubriendo sobre una tapia una rama se inclina
y revela que atrás hay un huerto.

Muros irregulares y desconchados
abren sus grietas leprosas;
un farol da fulgores verde-azulados,
las ventanas vacías simulan fosas.

Las ramas al sacudirse parecen quejarse;
un grillo canta bajo una piedra;
se oye el rodar de un coche alejarse,
un muro derruido se esconde bajo la yedra.

Por entre las piedras de su pavimento
crecen unas hierbas de aspecto enfermizo;
hay un charco de agua que se riza al viento;
las aceras rotas dan color rojizo.

Repentinamente se oye un aullido
que el silencio rasga con son estridente
y otro le hace eco no bien se ha extinguido;
la muerte se anuncia triste y vagamente.

Luego por la esquina de la calle obscura
aparece un perro flaco y claudicante;
una pierna encoge en una postura
de dolor inmenso. Es un perro errante.

Bajo el pelo hirsuto de sucio amarillo
se ven las costillas cual un armazón;
la boca babeante, agudo el colmillo,
la lengua colgante cual magro girón.

Cubierto de sarna tiene el cuerpo entero;
los gusanos hierven en su carne muerta;
en lugar de oreja tiene un agujero
y es su marcha lenta, vacilante, incierta.

La cabeza agobiada cuelga a ras del suelo,
donde busca en vano algo de comer;
olfatea, explora, luego mira el cielo
y una de sus llagas se pone a lamer.

Después continúa su busca de hambriento
y hasta un bache llega donde bebe un rato;
súbito se para, contiene el aliento:
se oye en un tejado la fuga de un gato.

Da dos o tres vueltas, perezosamente,
aulla de nuevo de un modo que aterra;
otro aullido se oye recio, estridente
y entre la penumbra aparece una perra.

Luego avanza él, llegando hasta ella;
se acercan, se miran, parecen dudar
(por el cielo pasa fugaz una estrella)
y entonces con ansia la empieza a olfatear.

Ella se resiste por la ley divina
que manda que haya lucha antes de que haya amor.

Se oyen aullidos, luego se adivina
en el perro hambriento fuerza de creador.

¡Oh, pobres perros tristes de la vida errante!
Parecen bohemios en su gran dolor;
se olvidan de todo por un solo instante
y han matado el hambre haciendo el amor.

Después silencio. Ya ha pasado todo.
De nuevo se miran con hostilidad.
El se va cojeando, cubierto de lodo
y ella continúa hacia la ciudad.

Y con su pálida luz la luna ilumina
de las calles el aspecto desierto;
cubriendo una tapia una rama se inclina
y revela que atrás hay un huerto.

Marzo, 1924.

Dónde está Dios

*Dios está en la semilla que en la tierra se encierra
y en la lluvia del cielo que fecunda la tierra.*

*En los rayos del sol que acarician la espiga,
en la brisa que pasa refrescante y amiga.*

*En las ramas del árbol susurrante y frondoso
y en la sombra del árbol que convida al reposo.*

*En el fruto maduro reluciente y dorado,
en el suave perfume de las flores del prado.*

*En la luna argentada, luminosa y tranquila,
en la estrella fulgente que en el cielo titila.*

*En el lago que inmóvil ve la vida pasar,
y en la fuerza que lleva a los ríos al mar.*

*En las nubes que cruzan presurosas el cielo,
y en el alba del ave que levanta su vuelo.*

*En el claro diamante, en el blanco alabastro,
en la rosa, en el agua, en la noche, en el astro.*

*Está en todo lo nimio, está en todo lo grande,
en la hormiga indefensa y en la cumbre del Ande.*

*Está Dios en la nieve que es su manto de armiño,
en las canas del viejo y en la risa del niño.*

*En el beso amoroso que una madre en la frente
da a la hija dormida en su lecho inocente.*

*Dios está en los latidos de tu corazón,
en el brazo del Cid y en la fe de Colón.*

*Está Dios en la armonía que vibra en el arpegio
y en la púrpura del crepúsculo agregio.*

*En el ritmo alojado en el canto de un verso
y en la total armonía de este gran universo.*

*Dios está en cada artista, ya maneje el pincel
o ya talle los mármoles con buril o cincel.*

*Está Dios en la llama que anima al momento,
en todos nuestros goces y en cada sufrimiento.*

*En la hora que pasa y en la hora que falta,
en la mar más profunda y en la cumbre más alta.*

*Dios estaba con Newton y Francisco de Asís,
con Homero, con Wagner, con da Vinci y San Luis.*

*Con San Pablo en la tierra y Teresa en el cielo,
en la lucha del Santo, de la Santa el anhelo.*

*En todo lo vivo que es vibrante y fecundo,
y en todos los átomos que componen el mundo.*

*Dios es la vida, el anhelo del que vamos en pos,
el amor, la belleza de todo el orbe. ¡Ese es Dios!*

21 de febrero, 1925.

En el álbum de una dama

*Señora, permitidme os bese entrambas manos,
con un arcaico gesto, como una evocación
de aquellos viejos tiempos pasados y lejanos,
desnuda la cabeza, la mano al corazón.*

*Señora, respetuoso me inclino a vuestro paso
y atentamente espero, en lírica emoción,
sentir vuestro perfume y oír crujir el raso,
heraldos anunciantes de vuestra aparición.*

*Señora, yo os ofrezco, poeta y caballero
mis versos y homenajes en un sentir sincero;
respeto, simpatía, afecto, admiración.*

*Como poeta os digo mis versos castellanos
y como caballero os beso entrambas manos,
desnuda la cabeza, la mano al corazón.*

22 de agosto, 1925.

In memoriam

Don Roderico Toledo y Mattei

*Teniendo por coraza su hidalguía
lució presta su adarga de ilusión;
en vez de espuelas de oro su energía
y por broquel y escudo el corazón.*

*Caballero en su propia fantasía,
cabalgaba a su lado la razón
y así la ardua batalla sostenía
contra el odio, el rencor y la ambición.*

*Luchar y más luchar era su suerte,
vencido sólo por la fiera muerte,
mas nunca derrotado por la vida.*

*Antes de hundirse en el eterno sueño
sonrieron juntos como en un ensueño
los frescos labios de su propia herida.*

Enero, 1926.

El arcón de la reina

*Un Cristo marfileño sobre el muro
perpetuaba el dolor de su agonía
y un místico perfume suave y puro
a la par que las sombras lo envolvía.*

*Ante la imagen de Jesús postrada,
la reina implora la piedad divina.
-¿Es un loco, Señor?- clama extasiada-
¿o es tu luz celestial que lo ilumina?*

*Y Cristo contestó. De la penumbra
surgió un rayo vivísimo de luz,
y esa mágica luz que todo alumbra
besó a la reina y se extinguió en la cruz.*

*

*El arcón está ahí; de sus entrañas
como en cuentos de vieja fantasía,
salen joyas riquísimas y extrañas
ornadas de fulgente pedrería.*

*Oro y plata. Joyeles cincelados,
brazaletes, collares y diademas,
broches moriscos al infiel ganados,
áureas sortijas de brillantes gemas.*

*Todo lo da la reina: los tesoros
de diamantes y perlas y topacios,
el brillo amarillento de los oros,
los tapices de mágicos palacios.*

*

*Partió la expedición, surcó los mares,
desafió las tormentas del océano,
llegó a playas ignotas y a lugares
que en Europa no creyó ser humano.*

*Y tornó de su viaje el navegante,
prodigioso alquimista de sus sueños,
y ante el asombro mudo y palpitante
demostró la verdad de sus ensueños.*

*

*Y el arcón está ahí. Está vacío.
Lo abre la reina recordando acaso
un brillante cual gota de rocío
o el oro confundido con el raso.*

*Y al abrirlo, temblando, se arrodilla,
se cree presa de visión quimérica:
en el arcón una esmeralda brilla
inmensa y luminosa: América.*

Barcelona, 1 de octubre, 1928.

Tríptico del Caballero Andante

Cómo lo crearon

*Temblando de emoción, su ser palpita
en medio de sus duelos y quebrantos,
y una congoja por ajenos llantos
al hondo corazón se precipita.*

*Y así el cerebro que a la par se agita,
con sublime misticismo de los santos
sufre también, cual misticismos tantos,
el desengaño que al reposo invita.*

*Sin embargo se afianza en los estribos,
lo enardecen fracasos y derribos
y altanero recorre los caminos.*

*Apalea furibundos gigantes
cabalgando por ínsulas distantes
y lucha cuerpo a cuerpo con molinos.*

Cómo lo hicieron

*Su escuálido corcel llegó a Pegaso,
tornose genio el defensor errante,
dejó de ser el Caballero Andante,
cambió la sarga por sedeoño raso.*

*Los mares que ignoraban aún su paso
trocáronse en alfombra rutilante,*

*conquistó un hemisferio tan distante
que su osadía confundió al amaso.*

*Y luego atravesados ya los mares,
cansado de conquistas y de azares
decidió libertar a las naciones,*

*y el pobre caballero por su daño
en lugar de retarlos como antaño,
se dedicó, feliz, a soltar leones.*

Cómo es

*Fatigados de palos y de sueño,
entre risas y burlas y pedradas,
las hambrientas figuras trasegadas
a la aldea llegaron, jaco y dueño.*

*Quebrada ya la lanza del ensueño,
abollado el escudo y las celadas,
perdidas en el campo las espadas,
don Quijote renuncia a su beleño.*

*Y antes encontrar la razón perdida,
con un triste sabor de despedida
y próximo a la muerte que lo abraza,*

*ya quemados sus libros por el cura,
saborea el hidalgo la amargura
del naufragio angustioso de su raza.*

Barcelona, 29 de octubre, 1928.

Yo crecí muy alto

*Yo crecí muy alto, bien alto, muy alto,
y a la par que alto me creía fuerte;
pero era tan alto que de un solo salto
se acercó la muerte.*

*Y desde mi altura no la distinguía
y desde la altura, que era mi locura,
por no verla acaso tan sólo reía.*

*Era yo tan alto que todas las luces
cegaben mi vista, y caí de bruces
y extendí la mano buscando consuelo,
yo, que era tan alto que ignoraba el suelo.*

*Y encontré otra mano, pequeña, de rosa,
suave, dulce, tersa, buena, cariñosa,
que plácidamente se unió con la mía,
y esa mano rosa, me sirve de guía.*

*Y hoy soy tan pequeño, pequeño, pequeño,
que mi antigua altura me parece un sueño,
y siempre me guía por el buen sendero,
donde espera el blanco, divino cordero.*

*La manita suave de nardo y de rosa,
la manita blanca que me dio mi esposa.*

Barcelona, 2 de mayo, 1929.

Jugando

*Rodeado de murmullos y arrullos y rezos,
al mundo yo vine con risas y besos.*

*Veloz fui pasando mis años risueños
y así fue mi infancia de blondas y sueños.*

Y era por juguete, y era por juguete...

*Luego a los trece años grande me sentía,
cortejaba mozas, hombre parecía.*

*Y así, hombre-niño, al llegar el caso,
aprendí de encajes y trajes de raso.*

Y era por juguete, y era por juguete...

*Hasta los veinte años llegué yo feliz,
mientras derrochaba mi vida en París.*

*Mi padre ya viejo fue joven primero
y por mis veinte años me daba dinero.*

Y era por juguete, y era por juguete...

*Así fue mi vida: muchos devaneos,
buenas intenciones y malos deseos.*

*La mujer ajena tuvo mis caricias,
de la mujer buena tuve las primicias.*

Y era por juguete, y era por juguete...

*Un día sucede que me enamoré,
y era tan bonita que hasta me casé.*

*Me erigí en patriarca, en señor formal,
y juré de veras desviarme del mal.*

Y era por juguete, y era por juguete...

*Hoy tengo dos hijos, dos hijos pequeños,
fragantes, lozanos, hermosos, risueños*

*que son ya mi vida, mi continuación,
dueños de mi sangre, de mi corazón.*

*Y esos niños puros, suaves como flores,
en los que palpitan todos mis amores*

no son de juguete, no son de juguete...

Barcelona, 10 de octubre, 1928.

Cansancio

*¡Oh, mis pobres huesos!
Me van pesando como esos
troncos que ardieron en llamas:
que ardieron a fuego vivo
y no son sino ramas
de algún calcinado olivo.*

*Dieron ya sus frutos todos,
los dieron de mil y un modos;*

*sin embargo, mi esqueleto
jamás sabe estarse quieto.*

*A mi carne flaca y leve
es menester que la lleve.*

*Y está cansado, cansado,
de tristeza y de pecado.*

*San Francisco (California),
15 de abril, 1932.*

No llegaremos tarde

*No llegaremos tarde ni temprano:
llegaremos a la hora
y resulta pues, en vano,
apresurarse, mi señora.*

*Llegaremos quedamente,
pero de llegar tenemos;
así pues, no apresuremos
la llegada, vanamente.*

*Llegaremos a la hora,
mi señora.*

*San Francisco (California)
25 de abril, 1932.*

Suerte

*La suerte
me dio toda su alegría.
Pero en cada esquina
por pura rutina
me acecha la muerte,
la muerte sombría.*

*Y así he de morir
sin saber por qué.
Tal como nací.
Y así como fui
dirán: "Se fue".*

Guatemala, 1932.

Oyeron mi corazón

*Oyeron mi corazón
porque no daba razón
de estar vivo o estar muerto;
tal vez estaba despierto.*

*Hubieron mucha razón.
Pobre corazón incierto:
acaso estaba dormido,
tal vez ya estaba muerto.*

Guatemala, 1932.

José Toledo Ordóñez
1951

Epitafio en la playa

*Aquí yacen
todas las olas del mar
que quisieron quedarse
para siempre.*

Guatemala, 5 de julio, 1976

Cenizas

*Al verlas, el pino tiembla.
Son despojos de su hermano
suspendidas en la niebla.*

Guatemala, 11 de enero, 1976

Neblinas

*Son nubes perdidas
que bajan de noche
a llorar sus vidas.*

Guatemala, 13 de enero, 1976

Retrato

*Tan sólo me queda,
un bello retrato.
Sus labios parece
que los va a mover.
¡Qué silencio ingrato!*

Guatemala, 14 de julio, 1976

Eres la sombra del viento

*Eres la sombra del viento
que se perdió en el mar.
Antes, pedazo de firmamento
que iluminó mi hogar.
Así, las estrellas fugaces
desfigurando la altura,
cambian la luz de sus faces
viajando sin amargura.
No hay lugar para un lamento,
ni horas para meditar.
Eres la sombra del viento,
que se perdió en el mar.*

Guatemala, 5 de enero, 1976

La guitarra

*Cuánto corazón maltrecho
habrá tu canto sanado
y cuántos habrá deshecho.*

Guatemala, 11 de enero, 1976

Terremoto

*En un pedazo de tierra
todos los males del mundo;
desolación, hambre, miseria.
De las ruinas sale el llanto
de un pueblo moribundo
apagado por el canto
de un martillo que trabaja.
No hay tiempo para llorar vidas,
ni para perder en mortajas.
Es un pueblo que levanta
sus ilusiones destruidas.
Está herida la tierra
del verde canto.*

Guatemala, 26 de junio, 1976

Arboles viejos

A Octavio Amórtegui

*Sólo los árboles viejos
dan sombra.*

*Sólo ellos tienen
profundas raíces
y largas historias
que el tiempo respeta.*

*Sólo ellos tienen
extraños glifos
en sus cortezas
que en silencio hablan
de su obra.*

*Sólo los árboles viejos
dan sombra.*

Guatemala, 18 de diciembre , 1975

Hay Días

*Hay días
tan vacíos
tan sórdidos
tan negros,
que parecen noches.
Y hay días,
en que estás tú.*

*Los Angeles (California),
28 de mayo, 1974*

May 15

1875

1875

1875

1875

1875

1875

1875

1875

1875

Este libro se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Serviprensa Centroamericana, de Guatemala, el 15 de marzo de 1994. La edición consta de 500 ejemplares en papel Westbond crema.